

MANUEL ALCALA

ALFRED DELP (1907-1945)
Jesuita, pronazi, conjurado, mártir

Era el viernes 2 de febrero de 1945. La II Guerra Mundial entraba en fase definitiva. Los ejércitos soviéticos estaban a menos de 100 kilómetros de un Berlín ruinoso por los bombardeos aéreos.

En su residencia del barrio de Charlottenburg, ya en parte destruida, los jesuitas berlineses celebraban aquella fría mañana una fiesta de familia. Su compañero Josef Michalke, como otros muchos en todo el mundo, hacía aquel día su incorporación definitiva a la orden.

Tras la ceremonia religiosa iniciaron un almuerzo frugal con las escasas viandas de sus respectivas cartillas de racionamiento. Las preocupaciones lastraban la reunión. La guerra estaba perdida de forma irremisible para Alemania. Aunque el nazismo agonizaba, todavía eran terribles sus coletazos.

Concretamente en la cárcel central de la «Gestapo» (policía secreta política) estaba preso esperando juicio Agustín Rösch, hasta hacía poco provincial de Baviera y gran resistente contra la dictadura. Lo más preocupante, sin embargo, era que Alfred Delp, otro compañero, llevaba más de dos semanas en la cárcel de Tegel condenado a muerte. Se le había acusado de alta traición por sus contactos con la conjura contra Hitler, culminada y fracasada en el atentado de 20 de julio de 1944. La inmediata redada de la «Gestapo» había sido monstruosa. Los jesuitas berlineses confiaban en que la próxima ocupación de la ciudad por las tropas soviéticas impedirían la ejecución. Se equivocaban, al ignorar que ella tendría lugar aquella misma tarde¹.

¹ Conversación del autor con el P. J. Michalke en Berlín, 23-II-1991.

En efecto. A las tres horas otra ceremonia, esa vez trágica, se desarrollaba no lejos de allí en la cárcel-reformatorio Plötzensee, transformada por los nazis desde 1934 en lugar de ejecuciones. Todavía hoy resulta espeluznante la visita de aquel lugar inicuo. Es una gran sala cuadrangular aislada del edificio principal y toda construida en ladrillo rojo. Dentro, entre ambas paredes y resaltando sobre un doble ventanal, una robusta viga de acero de casi 5 metros de larga. De ella penden todavía ocho garfios.

Aquel primer viernes de febrero, tres presos con las manos atadas a la espalda, fueron conducidos uno tras otro a la sala. Varios empleados del régimen fueron testigos de cómo un esbirro nazi decía: «¡Acusado!, el tribunal popular le ha condenado a la horca.» Después, dirigiéndose a uno de ellos, añadía: «¡Verdugo!, cumpla con su tarea.» Sucesivamente, cada condenado fue puesto bajo un gancho. Se les cubrió la cabeza con un trapo. Ya con la cuerda al cuello, otros dos verdugos le alzaban cosa de medio metro, dejándolo caer por su propio peso. Las víctimas, desnucadas, fueron cubiertas con mantas de color oscuro. El verdugo dijo: «Han sido cumplidas las sentencias»².

Aquellos tres ajusticiados eran Carl F. Gordeler, Johannes Popitz y Alfred Delp. Desde la militancia o la simple simpatía por el partido nazi, habían pasado a la resistencia directa o indirecta. El más joven de ellos, Delp, era un jesuita de treinta y siete años³.

El 15 de febrero, doce días después de su ejecución, su madre, María Bernauer, recibió esta comunicación postal oficial: «El religioso Alfred Delp fue condenado a muerte “por alta traición y traición a la patria” por el tribunal popular del Gran Imperio Alemán. La sentencia ha sido cumplida el 2 de febrero de 1945. No se permite la publicación de la esquila mortuoria.»

Tampoco se pudieron recuperar sus restos. H. Himmler, jefe de la «Gestapo», ordenó incinerar los cadáveres y aventar las cenizas en los campos yermos de la ciudad, para olvidar su memoria. La hermana del jesuita sólo pudo retirar de la cárcel sus objetos personales: el reloj parado, las gafas rotas durante la ejecución, el rosario y el libro de *La imitación de Cristo*, de T. Kempis.

² Landeszentrale für politische Bildung, *Gedenkstätte Plötzensee*, Berlín 2^a1982, 2.

³ C. F. Gordeler (*1884). Alcalde de Leipzig (1931-32), comisario de precios del «III Reich» (1934-35), dimitió por la persecución de los judíos (1937). Cerebro de la oposición clandestina violenta. Fue detenido el 12 de agosto. Condenado a muerte el 8 de septiembre (1944). J. Popitz (*1884). Ministro de finanzas de Prusia (1933-34), dimite por la persecución judía (1938). Detenido el 21 de julio y condenado a muerte el 3 de octubre (1944).

INFANCIA Y JUVENTUD DIFÍCILES

A. Delp nació el 15 de septiembre de 1907 en Mannheim. Juan Delp, su padre, era comerciante. María Bernauer, su madre, cocinera de una residencia militar. La diversa confesión cristiana de ambos (él, luterano; ella, católica) y su distinta extracción social (él, rico, y ella, pobre) hizo que las familias se opusiesen al matrimonio⁴.

Los jóvenes entonces decidieron vivir juntos y tuvieron su primera hija: Justina (1905). A los dos años, el primogénito Alfred, también bautizado en la parroquia católica. Ante los hechos consumados las familias cedieron y, al mes del nacimiento del hijo, los padres se casaron por el rito católico-romano. Los hijos siguieron llegando con regularidad: Ewald (1909), Gerda (1911), Greta (1914) y, finalmente, tras la guerra europea, Fritz (1921).

Alfred salió a sus padres: voluntarioso, resuelto y difícil. El hogar pasó por dificultades económicas, especialmente durante la guerra. La diferencia confesional en la familia no creó problemas. El padre era un protestante liberal y la madre ferviente católica. Hubo, con todo, un conflicto cuando Juan Delp se empeñó en que su hijo mayor fuese a la escuela luterana. Quizá la decisión fue motivada por opción política. El padre era del partido socialista, más cercano a la Iglesia luterana que a la católica.

A pesar de aquella decisión, Alfred seguía en contacto con el párroco católico. Al llegar un día tarde a clase, el pastor luterano le preguntó que de dónde venía. El muchacho dijo con retintín que de la parroquia católica. La bofetada hizo época. El decidió pasar a la otra escuela. Allí recibió la primera comunión y la confirmación (1921).

Tras un bachillerato brillante, Delp ingresó en el movimiento juvenil «Nueva Alemania», fundado por el cardenal de Colonia F. Hartmann, bajo inspiración del jesuita L. Esch (1919). El temple de aquel grupo se distinguía por su espíritu comunitario y litúrgico. Alfred, que, en opinión de un compañero de clase, era ya un joven incómodo, se sintió feliz en el movimiento, hizo ejercicios espirituales y, abandonando la idea de hacerse militar, decidió ser jesuita (1924).

⁴ R. BLEISTEIN, *Alfred Delp. Geschichte eines Zeugens*, Frankfurt/M. 1989, 532. Excelente biografía del jesuita mártir.

JESUITA CONFLICTIVO

El 22 de abril de 1926 el recién bachiller A. Delp ingresaba con permiso de sus padres en el noviciado de la provincia alemana de Tisis-Feldkirch (Austria). Pronto se manifestó su fuerte personalidad en discusiones con el maestro de novicios. Este desconfiaba del grupo procedente del movimiento «Nueva Alemania» porque hacía competencia a las «Congregaciones marianas» tradicionales.

En tan difícil situación el recién novicio encontró ayuda en su joven profesor de latín y futuro gran teólogo Karl Rahner, todavía no sacerdote. La amistad entre ambos duraría hasta la muerte.

Tras sus primeros votos (1926), Delp marcha a estudiar un trienio de filosofía en Pullach (Munich). Su espíritu avizor le hace leer, además de los autores neoescolásticos que se explican en clase, la recién aparecida obra *Ser y Tiempo* (1927), de Martín Heidegger, el padre del existencialismo alemán. Fruto de aquellas lecturas sería su primera publicación: *Existencia trágica* (1935), aparecida también en España en traducción de su colega español Jesús Iturrioz⁵.

El libro centra la figura de Heidegger en la tradición de la filosofía alemana contemporánea y denuncia con fina intuición muchos de los problemas que se dibujaban ya trágicamente en el horizonte. Los compañeros de Delp recuerdan entre los rasgos de su gran personalidad, la clarividencia, el idealismo, la energía, el liderazgo. No faltaban los contravalores: el apasionamiento y cierta ironía en el trato.

Tal personalidad se revelaría en su nueva misión educativa. Los jesuitas alemanes, enfrentados con la «Kulturkampf» del canciller O. Bismarck y expulsados del «II Reich», montaron a fines del siglo XIX con sus compañeros suizos, también exiliados, el colegio «Stella Matutina». Situado en el Voralberg austríaco, junto al noviciado, tenía jóvenes de tres nacionalidades. Allí fue destinado A. Delp como maestro (1931). Prefecto del colegio era el padre Agustín Rösch (1893-1961), que iba a jugar en su vida un papel de importancia capital.

Comenzaban tiempos nuevos. En las elecciones generales de enero de 1933, el partido nacionalsocialista de A. Hitler llegaba al poder legítimamente (51 por 100). Delp, como otros muchos jesuitas de su generación, acogió con entusiasmo aquel triunfo. El nazismo tenía en su programa varios puntos gratificantes para el talante germano. Ante todo, la restauración del honor, humillado en Versalles. Luego, el restableci-

⁵ A. DELP, *Existencia trágica*, Razón y Fe, Madrid 1942.

miento del orden público, tan sacudido por las revoluciones durante la república de Weimar. Finalmente, el enderezamiento de una economía en situación catastrófica. Hitler se apresuró, además, a la firma del concordato con el Vaticano, en julio de aquel mismo año. Esto quitaba escrúpulos a determinados círculos conservadores.

Muy pronto, sin embargo, los nazis emprendieron una serie de medidas dictatoriales: disolución de partidos y sindicatos; creación de la policía política (Gestapo), de un ejército paralelo (SA), de la censura de prensa y de campos de concentración para disidentes. Delp y otros muchos jesuitas justificaron aquellas medidas como contrapunto al caos anterior. Pronto Alemania empezaría a recuperarse económicamente.

Entre las medidas económicas para frenar la inflación se creó una que afectaba directamente a los alumnos alemanes de Feldkirch. Fue la limitación de exportación de divisas. Junto a ella, la prohibición de que los jóvenes del «III Reich» se educaran en el extranjero.

Ya en junio de 1933 la provincia jesuita de Alemania del sur había adquirido en buenas condiciones la antigua abadía benedictina de Sankt Blasien, cerca de Friburgo/Brisgovia, en plena selva negra y abandonada tras la desamortización de O. Bismarck. En abril de 1934 se trasladaron al nuevo colegio los alumnos alemanes de Feldkirch. En el último trimestre del curso, Delp, que dirigió parte del traslado, apoyó la presencia en el colegio de las «juventudes hitlerianas». ¿Pensó que era posible influir en ellas desde el ambiente cristiano? Quizá, pero se equivocaba radicalmente.

Al comenzar el curso 1934-1935, Delp marchó al teologado de la provincia alemana, en el exilio de Walkenburg (Holanda). También allí destacó por su liderazgo y por sus simpatías ante un nazismo que había levantado a Alemania. Así lo recordaban algunos compañeros jesuitas españoles, expulsados de la patria por la II República (1933).

Tras su segundo curso de teología, en octubre de 1936 y por análogas razones que los alumnos de Feldkirch, los teólogos alemanes de Valkenburg se trasladaron al seminario de Sankt Georgen, muy cerca de Frankfurt/Main. Entre los profesores del teologado alemán figuraban algunos muy críticos al nazismo. Así, por ejemplo, Oswald von Nell Breuning (1890-1991). No faltaron algunas tensiones que no llegaron a más, por prudencia de todos.

Al terminar el tercer curso de teología, Delp y otros siete compañeros eran ordenados sacerdotes, el 24 de junio de 1937, por el arzobispo-cardenal de Munich, Michael von Faulhaber, en el templo de S. Miguel, residencia jesuítica en pleno centro de la ciudad. Tal vez el joven neosacerdote consideraba entonces al arzobispo como un gran conservador.

De hecho, Faulhaber, tras cierta fascinación por algunos aspectos del nazismo, como sus políticas social y exterior, se había ido transformando en uno de sus enemigos más acérrimos, tanto por su ideología racista y anticristiana, como por su persecución judía y su dictadura política⁶.

Entre los jesuitas que apoyaban sin la menor restricción la actitud del cardenal-arzobispo de Munich se contaban el ex prefecto de Feldkirch Agustín Rösch, provincial desde 1935, y el predicador de Munich, Rupert Mayer (1876-1945), recientemente beatificado por sus virtudes heroicas.

Dos acontecimientos importantes, no subrayados debidamente por los biógrafos, ocurren por aquellas mismas fechas. El primero, el domingo de Ramos de 1937, apenas tres meses antes de ordenarse Delp. En todos los templos católicos de Alemania se lee simultáneamente la encíclica de Pío XI, *Mit brennender Sorge* («Con ardiente preocupación»). Aquel documento, que condenaba rotundamente al nazismo, era la ruptura oficial de la Iglesia católico-romana y el «III Reich». La operación de distribución del texto se hizo con tal sigilo que ni siquiera la casi omnipotente «Gestapo» supo de antemano su publicación. Eso explica su reacción airada, clausurando en Munich la imprenta editora.

Autor de la primera redacción de la encíclica era precisamente M. von Faulhaber. El provincial jesuita Agustín Rösch había sido uno de sus asesores y Rupert Mayer su difusor a través de la predicación en el púlpito del templo de S. Miguel, donde se ordenaría Delp.

Precisamente por aquellos comentarios Rupert Mayer recibió de la «Gestapo» la prohibición de predicar no sólo en Munich, sino en toda Baviera. Al negarse a obdecir con el apoyo solidario de su provincial Rösch y de su comunidad, sería detenido, procesado y condenado a seis meses de cárcel. El 4 de julio, diez días después de la ordenación de Delp, el cardenal Faulhaber subió al púlpito de la Iglesia de S. Miguel y dijo entre otras cosas: «Ha llegado la hora de tomar decisiones... Cuando las brasas humean, la historia necesita hombres que sólo crecen en la cruz»⁷.

¿Qué pensaba el neosacerdote Delp sobre aquellos hechos? Es imposible que los ignorara porque, días después, regresaría al templo de S. Miguel para predicar desde el mismo púlpito que su compañero en

⁶ Nacido en Klosterheidenfeld (1869). Sacerdote y profesor de A.T. en Estrasburgo (1911). Obispo de Spira (1917). Arzobispo de Munich-Freising. Cardenal (1921). Antirrepublicano. Al comienzo se relacionó con nazis. Atacó su ideología con sermones en el templo de San Miguel de los jesuitas (1934). Visitó a Hitler (1936) y redactó el proyecto de la encíclica de Pío XI «Mit brennender Sorge» (1938). Sobrevivió a la guerra y murió en Munich (1952).

⁷ M. ALCALÁ, *Rupert Mayer, hechura de Ignacio*: Manresa 60 (1988) 147-164.

la cárcel. No parece, con todo, haber cambiado radicalmente de actitud. Poco antes había pedido permiso al provincial Rösch para entrevistarse con el ideólogo del nazismo A. Rossenberg, cuyo libro *El mito del siglo XX* sería condenado por la Iglesia. El optimismo del joven jesuita parecía no tener límites. Como es lógico, el permiso le fue denegado.

El último curso teológico del neosacerdote en Frankfurt/Main (1937-1938) fue de una agitación política total. El 13 de marzo de 1938 Hitler se «anexionaba» arteramente una Austria en estado caótico. Días después, 10 de abril, intentaba «justificar» con un plebiscito aquella medida. El resultado de la votación (99,73 por 100) fue más que sospechoso, cuando poco antes una gran mayoría de la población austríaca había dado su voto a Kurt von Schussnig, el canciller arrollado por los nazis. Al parecer la actitud del episcopado austríaco, presidido por el cardenal-arzobispo de Viena, Teodor Innitzer, que apoyaba el «sí», jugó un papel importante en el resultado. Esto costaría al cardenal un duro aviso del Papa Pío XI. De otra parte, los nazis reaccionaron violentamente contra él, demoliendo parte de su palacio arzobispal de Viena.

LA GRAN DESILUSIÓN POR EL PARTIDO

Bastantes jesuitas y otros clérigos alemanes vieron positiva la ane-
xión de Austria al «III Reich». Sin embargo, pronto empezaron a ocu-
rrir nuevos acontecimientos. El nazismo se quitaba la careta.

A la persecución de los judíos se añadió la de la Compañía de Jesús en Austria. Los nazis clausuraron la Facultad teológica de la Universidad de Innsbruck y los colegios de Linz y de Viena. Luego cerraron el «Canisianum», residencia seminarística internacional en el mismo Innsbruck. Parte de su claustro profesoral se refugió en Suiza. Al oponerse las autoridades locales a la presencia jesuítica, Pío XI secularizó temporalmente a aquellos profesores, mediante un peculiar decreto que preveía su posterior readmisión en la orden. El gran amigo de Delp, Karl Rahner, que acababa de comenzar su docencia teológica en Innsbruck, tuvo que refugiarse en Viena.

Todo esto lo sabía Delp al comenzar el curso de 1938-1939, su año de espiritualidad en la casa de ejercicios de Rottmanshöhe, junto al Starnbergersee, uno de los espléndidos lagos de Baviera. Casi simultáneamente a los ejercicios de mes con que comenzaba la llamada «tercera probación», tenía lugar en Munich, a pocos kilómetros de allí, el famoso pacto entre los jefes de las cuatro potencias: A. Hitler, B. Mussolini, F. Daladier y N. Chamberlain. En un esfuerzo desesperado e inútil de evitar la

guerra, se ponían en manos de Hitler las regiones «sudetes» de Bohemia, es decir: las de tradicional cultura alemana.

A nivel doméstico, dos acontecimientos inesperados turbaron la paz de Delp en su año de espiritualidad. El primero, por Navidad. El provincial A. Rösch encargó a todos los tercerones que fuesen de vacaciones con sus familias y las prepararan a una eventual dispersión de la Compañía en Alemania. Aquella medida era tan insólita que muchos la juzgaron falsa alarma. Acertaron por el momento.

El segundo acontecimiento ocurriría en la primavera de 1939. Tras la anexión de Austria al «III Reich», el colegio «Stella Matutina» de Feldkirch había quedado prácticamente vacío. Los alumnos suizos se habían marchado. Pronto se dijo que el Estado nazi podía confiscarlo. De nuevo se movilizaron los tercerones por orden de Rösch para ocupar, a toda prisa, las clases y mostrar que el edificio estaba habitado.

Todos estos acontecimientos, junto con el mes de Ejercicios, produjeron en Delp una gran impresión y le hicieron despertar de sus entusiasmos pasados por el nacionalsocialismo. Por otra parte, cada vez se filtraban más noticias sobre los campos de concentración llenos de prisioneros políticos. Dachau, el primero de todos, funcionaba ya en 1933, a unos kilómetros del filosofado de Pullach. Otros muchos le seguirían. La opinión pública sabía de la existencia de tales campos, aunque estuviera prohibido hablar del tema bajo pena de prisión.

Por si todo aquello fuera poco, pronto A. Delp empezó a vivir en la propia carne las injusticias del régimen. En julio de 1939 se le denegó su petición de ingreso en la Universidad de Munich, donde pensaba realizar unos cursos de doctorado. Aunque la negativa oficial no daba razón alguna, era más que verosímil que se debía a su índole de jesuita más que a su propia persona. La mayoría de la orden había evolucionado ya hacia una crítica sumamente negativa del nazismo.

El segundo aviso le llegó a Delp muy poco después. Se mascaba la guerra. El jesuita, reanimando ilusiones juveniles, pensó ingresar en el ejército como capellán militar. Incluso envió su petición al obispo castrense de la «Wehrmacht», F. Rarkowski. Este le respondió con cortesía, pero no aceptándolo, porque conocía la creciente enemistad entre el partido y la orden. Fue para él una humillación.

El tercer y definitivo aviso le llegaría en su nuevo destino. A partir del curso 1939-1940, recién estallada la Guerra Mundial, el jesuita fue destinado como redactor de la revista «Stimmen der Zeit» («Las voces del tiempo») a la casa de escritores de su orden en Munich. Delp llegaba

a un avispero, pues se iba a encargar nada menos que de la sección de problemas sociales en la vida científica y política⁸.

Los primeros conflictos entre el partido y «*Stimmen der Zeit*» habían aparecido en noviembre de 1935 cuando otro de sus redactores, el famoso estilista Peter Lippert escribió un editorial titulado: «Con violencia y paciencia», donde se llamaba la atención sobre la violencia oficial. Todo el mundo había visto en él una alusión a la «noche de los cuchillos largos» (1934), cuando las SS liquidaron a E. Röhm y a otros veteranos nazis, sospechosos de conjura contra Hitler. Desde entonces la revista estaba cada vez más vigilada. Al estallar la guerra se hizo insostenible la situación por falta de libertad y dirigismo. El mismo Delp tuvo que escribir sendos ensayos sobre «exaltación del héroe» y «la guerra como empresa espiritual» a invitación de las autoridades. La redacción de la revista pensó en cerrarla. Ni siquiera se le daría aquella oportunidad.

El 18 de abril de 1941, a primera hora de la tarde, apareció en la residencia «*Canisiushaus*», sede de la revista, un grupo de ocho hombres de la «Gestapo». Convocados el superior Theo Hoffmann, todos los ocho redactores, entre ellos Delp, dos hermanos coadjutores y las dos religiosas que atendían a la comunidad, se les hizo saber que la casa quedaba confiscada, sus dependencias clausuradas y que el recinto debía ser evacuado. Como razón de aquella medida se dio la «actitud traidora de sus residentes». Por alusiones, se referían al artículo citado de Peter Lippert, fallecido cinco años antes⁹.

Aquel allanamiento fue uno más de los cerca de 200 efectuados por entonces a diversas comunidades y congregaciones religiosas. Otro edificio jesuita clausurado era el colegio de Sankt Blasien. Aquellas medidas fueron haciendo cambiar a Delp hacia un antinazismo radical. Por entonces, como la mayoría de sus compañeros, fue a una parroquia. Concretamente a Bogenhausen, en las cercanías de Munich.

Allí le llegaría el último desencanto. La «Cámara estatal de escritores del III Reich» le negaba la licencia para publicar en toda Alemania. El jesuita, humillado, no se rindió fácilmente. Gracias a un amigo publicó en la Alsacia ocupada, en una editorial de habla alemana, su libro *El hombre y la historia* (1943), un ensayo filosófico.

⁸ P. BOLKOVAC, en A. DELP, *Zur Erde entschlossen*, Frankfurt/M. 1949, 5.

⁹ Relato del hecho en A. RÖSCH, *Kampf gegen den Nationalsozialismus*, Frankfurt/M. 1985, 476-479.

EL CAPELLÁN CONJURADO

La actividad pastoral de Delp en plena Guerra Mundial, desde 1941 a 1944, fue simplemente extraordinaria. Junto a sus tareas parroquiales, tuvo conferencias, cursillos y retiros en varias diócesis. Tanto los obispos como los superiores le hicieron encargos de confianza.

Entre tanto, Alemania había empezado a experimentar en carne propia los efectos devastadores de la guerra, hasta entonces lejana en los frentes soviéticos, africanos o atlánticos. Los ataques aéreos aliados sobre Colonia, Munich, Hamburgo y Berlín causaban millares de víctimas. La contienda cambiaba de signo y lo que había empezado con una victoria relámpago, se transformaría en la catástrofe del frente ruso. Muchos alemanes empezaron a pensar que la guerra estaba perdida.

La situación de los jesuitas era cada vez más difícil. Tras las campañas de Polonia y Francia, Hitler había ordenado expulsar del ejército a todos los soldados pertenecientes a la Compañía de Jesús. En sus documentos figuraría la peligrosa expresión «no disponibles». Después de la victoria, sería el argumento para aniquilarlos.

A comienzos de 1942, Delp acudió a una llamada del provincial A. Rösch. Este le preguntó si quería actuar de asesor en temas sociales en un «círculo» de resistentes al nazismo que pensaban en una Alemania democrática, tras la previsible derrota del «III Reich». El provincial se atrevió a hacerle aquella invitación y encargarle aquella misión, porque sabía del cambio experimentado por el joven jesuita ¹⁰.

Delp aceptó sin dudar. Aunque era muy consciente del enorme peligro de la empresa, le atraía la aventura. Durante su vida nunca había perdido la esperanza de colaborar en una «tercera vía», entre la revolución comunista y el liberalismo occidental. El camino tendría que ser la «doctrina social católica», enriquecida por una moderada «socialdemocracia». Era, en parte, la tradición de su padre, unida al descubrimiento del socialista cristiano en F. Ebner (1882-1931) y, en parte, efecto de las opiniones del padre Nell Breuning, pionero en las cuestiones sociales.

El llamado «círculo de Kreisau» era un grupo de políticos e intelectuales que, desde 1940, se reunía clandestinamente para pensar el modo de arrebatar a Hitler el poder y preparar una Alemania nueva y democrática. Sus creadores fueron dos juristas y terratenientes de la nobleza alemana. Helmut J. von Moltke (1907-1945) era especialista en Derecho internacional del Alto Estado Mayor del ejército. Peter Y. von Warten-

¹⁰ A. RÖSCH, *Kampf gegen den Nationalsozialismus*, Frankfurt/M. 1985, 492, p. 181.

burg (1904-1944) era consejero del Gobierno de Berlín para asuntos de la economía de la defensa.

Ambos cristianos buscaban apoyo y orientación, tanto en la Iglesia protestante resistente (Bekennende Kirche) como en la católica, a la que consideraban más cohesionada estructuralmente. Las corrientes de opinión en el «círculo de Kreisau» eran varias: desde la radical que buscaba el atentado contra Hitler, a las moderadas que excluían aquella medida extrema. Entre sus miembros protestantes estaban O. H. Gablenz, E. Gerstenmaier, H. Poelchau y Th. Stelzer. Para este último, Delp era la figura católica más significativa.

Los jesuitas «conjurados» que contactaron con el «círculo» fueron cuatro¹¹. El primero y más importante por su cargo, A. Rösch, provincial. Había conocido casualmente a Moltke en Berlín (1941) y empezado a colaborar con él, a condición que no se cometiese ningún asesinato. Moltke diría de Rösch que era el pilar antinazi más robusto de toda la Iglesia católica en Alemania. El mismo provincial había escogido al segundo, Lothar König (1906-1987), profesor de cosmología en Pullach, cuyo edificio estaba entonces confiscado y convertido en hospital de guerra y oficina de información de la «Wehrmacht». König fue hombre de contactos. Aunque sañudamente buscado, no estuvo jamás detenido. Eso sí, tuvo que pasar meses en la carbonera de su casa. Ni siquiera el provincial conocía su guarida, para evitar la delación en caso de detención y tortura¹². El tercer participante era Hans von Galli (1903-1987), administrador del colegio «Stella Matutina». Se le había previsto como asesor agrícola, pero no llegó a actuar. Por fin, Alfred Delp, consejero en temas sociales.

Tres reuniones clandestinas tuvieron lugar en «Kreisau», la finca silesiana de Moltke junto a Schewidnitz (hoy Swidnika, Polonia), a unos 200 kilómetros al sudeste de Berlín. Las fechas, mayo y octubre de 1942 y junio de 1943. Los temas: Estado e Iglesia, socialismo, política exterior, economía. Para la segunda reunión, se tuvo otra intermedia en Berlín. Rösch, König y Delp prepararon un esquema sobre la doctrina social de la Iglesia. Llamó la atención a los socialistas presentes. Otras reuniones clandestinas de la sección bávara del grupo tuvieron lugar en una capilla del templo de S. Miguel de los jesuitas de Munich y en la parroquia de Bogenhausen, donde Delp residía.

Precisamente durante una de sus visitas a Berlín, el capellán conjurado conoció a dos mujeres de enorme categoría que desempeñarían un

¹¹ R. BLEISTEIN, *Jesuiten im Kreisauer Kreis: Stimmen der Zeit* 200 (1982) 595-607.

¹² R. BLEISTEIN, *L. König. Ein Jesuit im Widerstand gegen den NS: Stimmen der Zeit* 204 (1986) 313-326.

papel extraordinario en la última fase de su vida: Marianne Hapig (1894-1973) y Marianne Pünder (1898-1980). La primera era asistente social del hospital católico «Santa Eudvigis». La segunda, directora de la «Escuela social», montada por las mujeres católicas de Berlín. Ambas fueron testigos privilegiados de su pasión y su muerte¹³.

LA CRISIS ESPIRITUAL Y EL ATENTADO A HITLER

En aquella tensa situación, Delp vivió dos acontecimientos dolorosos que le afectaron profundamente. El primero fue una grave infección que puso en peligro su salud, hasta entonces de roble, y que resultó difícil de superar por las penurias de la guerra.

El segundo, mucho más hondo, de índole espiritual. Al haber terminado su «tercera probación» y cumplido los años reglamentarios de formación, Delp ya podía incorporarse definitivamente a la Compañía de Jesús, en agosto de 1943. La admisión que en principio debía concederse en Roma, estaba desde 1940 en manos del provincial Rösch. El entonces superior general de la orden, W. Ledochowski († 1942), se las delegó por la difícil comunicación de la guerra y al espionaje de la «Gestapo».

Tras efectuar las consultas pertinentes, el padre provincial difirió la profesión de Delp para más adelante. Se desconoce la fecha de aquella desagradable comunicación y las razones de la misma. Es de suponer que todo ocurrió en un encuentro personal a comienzos de 1943. Respecto a los motivos de la dilación, es probable que los «informes» solicitados fueran predominantemente negativos. Algunos jesuitas veían a Delp excesivamente crítico con la orden; impulsivo en su estilo y presuntuoso y hasta imprudente con sus compañeros. Muchos conocían su viejo entusiasmo por el partido nazi, expresado sin rebozo, y no sabían su cambio de mentalidad que le había llevado a la «conjura». Todo esto puede deducirse tanto de su escrito en la cárcel «Cuenta y razón» como de la «carta de despedida» a sus compañeros jesuitas, tras ser condenado a muerte. Explícitamente pide perdón por tales faltas¹⁴.

Es cierto que Rösch confiaba en él. Prueba de eso era haberle invitado a colaborar en el «círculo de Kreisau». Sin embargo, quizá no creía prudentes su forma de proceder ni su criterio en aquellas mismas reuniones, donde indudablemente se dieron discrepancias de fondo.

Sea lo que fuere de todo eso, Delp quedó profundamente herido en

¹³ M. HAPPIG, en A. DELP, *Kämpfer, Beter, Zeuge* [KBZ], Freiburg 21962, 3.

¹⁴ A. DELP, *Frente a la muerte*, Madrid 1966, 195-197.

su sensibilidad. La dilación de la Compañía en admitirle de forma definitiva suponía una grave erosión a su seguridad interior en una situación muy difícil de cambio ideológico y de constante peligro. Sin embargo, ni un momento pensó abandonar ni su orden ni su consagración.

Tal fidelidad fue probablemente lo que, meses después, movió al provincial a concederle la profesión definitiva en la orden para el 15 de agosto de 1944. En aquella fecha, sin embargo, Delp ya estaría preso en la cárcel de la «Gestapo» de Berlín, camino del cadalso.

El «círculo de Kreisau» no fue el único grupo resistente en la Alemania nazi, ni el único con el que tuvieron contactos los jesuitas. Concretamente en Munich funcionaba el grupo «Rosa blanca», formado por universitarios y dirigido por el profesor K. Hubert y los hermanos Hans y Sophia Scholl. Fue exterminado entre febrero y julio de 1943. Otro grupo se formó en torno al diplomático bávaro F. Sperr (1878-1945). En varias ocasiones sus componentes se reunieron con Rösch y Delp también en el templo de S. Miguel y en la parroquia de Bogenhausen.

A través de Sperr, Delp entró en contacto con un coronel de Estado Mayor, el conde Claus von Stauffenberg (1907-1944)¹⁵. Llegó a visitarle en su casa de Bamberg el 6 de julio de 1944. El encuentro fue breve y agitado por la noticia del desembarco aliado en Normandía.

Catorce días después de aquella visita, el 20 de julio, tuvo lugar a media mañana en Rastenburg (Prusia Oriental) una sesión urgente del Alto Estado Mayor del ejército en presencia de Hitler. Stauffenberg había sido convocado para informar de los efectivos de la reserva, a la famosa «Guarida del lobo», contraseña del cuartel general. Al acceder a la barraca de madera que aquel día sustituía al «bunker» usual, pudo activar una bomba de relojería en su cartera y salir del recinto bajo pretexto de una llamada urgente. Alguien apartó la cartera bajo una mesa de roble con los planos del frente. Al escuchar la explosión y ver saltar el techo de la barraca, Stauffenberg escapó del cuartel general en alarma y tomó el avión del Alto Estado Mayor hacia Berlín para unirse al golpe militar, cuya clave era «operación Walkiria».

Hitler, sin embargo, no había muerto. Sólo estaba levemente herido. Inmediatamente se organizó una colosal redada de represalia. A media noche Stauffenberg y otros mandos fueron fusilados. Entonces la «Gestapo» desató la «operación tormenta» con infinidad de detenciones. El

¹⁵ Nacido en Baviera. Pariente de Y. von Wartenburg. Entusiasta nazi, cambió de mentalidad tras la persecución judía. Perdió el ojo y mano derecha y dos dedos de la izquierda en la campaña norteafricana. Era jefe de estado mayor, encargado del ejército de reserva.

general Beck se suicidó. El mariscal Erwin Rommel, fue coaccionado al suicidio por el alto mando bajo amenaza de un juicio de guerra ¹⁶.

En los apuntes de uno de los detenidos del grupo de «Kreisau», cuyo jefe, von Moltke, estaba ya en la cárcel desde el mes de enero, la «Gestapo» encontró la dirección de la parroquia de Delp. Era bastante.

COMIENZA EL MARTIRIO

Ya antes de su visita a Stauffenberg, Delp había recuperado su temple optimista. La próxima y definitiva incorporación a su orden le había llenado de consolación, haciéndole olvidar todas las pasadas amarguras. Pensaba comenzar pronto unos «ejercicios espirituales» de preparación al gran acontecimiento.

El frustrado atentado a Hitler le desconcertó. Era uno de los temas hablados en «Kreisau». Las opiniones de los jesuitas discrepaban. El provincial Rösch estaba en contra. Delp, más bien a favor. Con todo se quedó frío cuando, en la tarde del 20 de julio, supo que el autor había sido Stauffenberg. «No lo esperaba», confió a F. von Tattenbach uno de sus compañeros que hizo aquella noche kilómetros en bicicleta para llevarle informes del escondido L. König. Este le aconsejó salir de Bogenhausen y ocultarse inmediatamente. El se negó, pensando que seguir en la parroquia era la mejor coartada de su inocencia.

Como de costumbre, el jueves 27 de julio, Delp celebró la misa muy temprano. Escogió la votiva del Espíritu Santo. Todavía estaba en acción de gracias cuando se presentaron dos esbirros de la «Gestapo» que habían estado espiando los alrededores. De milagro no sorprendieron a un amigo que le había escrito un mensaje en la sacristía. Delp se tragó inmediatamente el papel al decirle la sacristana que la «Gestapo» le esperaba en la rectoría. Uno de los policías, antiguo compañero del colegio, le comunicó, sin más, que estaba detenido y tenía que marchar con ellos. El coche siniestro partió rumbo a Munich.

Durante diez días no se supo nada más, aunque tanto el padre Rösch como sus amigos hicieron gestiones incesantes. En la noche del domingo 6 de agosto, un oficial del ejército que le conocía le divisó en la estación central de Munich, acompañado de dos desconocidos, para tomar el expreso de Berlín. Al acercarse a saludarle, Delp le indicó por señas que iba detenido. A la mañana siguiente, otro amigo le vio a su llegada a la estación término de Berlín. Haciéndose encontradizo, pudo escuchar

¹⁶ JOACHIM FEST, *Hitler I-II*, Barcelona 1973, II, 365-375.

un nombre: Marianne Happig. Luego se perdió de nuevo su pista. La familia recibió una tarjeta postal, sellada el miércoles 9 de agosto en la oficina central de la «Seguridad del Reich», donde sólo figuraban saludos. Era señal de que estaba preso.

Las amigas berlinesas tuvieron suerte y lograron localizarle, precisamente el martes 15 de agosto en la cárcel de la «Gestapo» de la Lehrterstrasse. Era el día de su frustrada profesión religiosa. En la víspera, como también en Munich, había sido torturado como luego pudo saberse. Hoy, casi medio siglo después, resulta horripilante la visita a los restos de aquella prisión. Entonces debió ser apocalíptica. Al horror interno se unían los incesantes bombardeos aéreos. El sábado 18 de agosto una bomba hizo impacto en el mismo recinto de la cárcel. Los prisioneros políticos, esposados en sus celdas, no podían hacer nada.

Tras un mes angustioso alternado de interrogatorios y tortura física y moral, Delp fue trasladado con otros acusados por el atentado al «Führer», a la cárcel de Tegel, al nordeste de la ciudad. No era tan rígida como las de la «Gestapo». Por eso, sus amigas berlinesas consiguieron sobornar a los guardias, recoger semanalmente la ropa sucia, al principio ensangrentada por la tortura, y hacerle llegar con la muda limpia, hostias, vino, cigarrillos, papel y pluma. Gracias a ellas, el jesuita pudo no sólo celebrar la Eucaristía de madrugada, al cambio de guardia, sino escribir papeletas que devolvía con la muda a la semana siguiente. Todos esos escritos están publicados¹⁷.

En semejante tarea colaboraron también decididamente tanto el capellán católico de la cárcel, Peter Buchholz (1888-1963), como el pastor luterano, Harald Poelchau (1903-1972). Este perteneció al grupo de «Kreisau». A ambos se deben muchas informaciones del proceso.

LAS ACTAS DE UN MÁRTIR

A través de estos escritos pueden seguirse los altibajos de la vida en prisión de Delp. Así se han podido precisar el día de su primera Eucaristía (1 de octubre de 1944), la fecha en que comenzó a escribir el comentario a las letanías del Sagrado Corazón (1 de diciembre de 1944); la carta de despedida a sus compañeros tras la petición de pena de muerte por el «tribunal popular» (11 de enero de 1945). Los comentarios a la «secuencia» del Espíritu Santo, al «Padre Nuestro» (18 de enero de 1945) y su último mensaje (30 de enero de 1945).

¹⁷ R. BLEISTEIN (ed.), *Alfred Delp. Gesammelte Schriften*, I-V, Frankfurt/M. 198-1988.

La lectura de esa documentación es emocionante. Delp lucha con todas sus fuerzas por sobrevivir. Su impotencia, sin embargo, es absoluta. Entonces pelea con Dios desde lo alto de su soledad. Espera que no se cumpla la sentencia de muerte. Al diferirse, semana a semana, vuelve a confiar en un «milagro». Es un tremendo vaivén de consuelos y desconsuelos, de angustia y confianza, de inquietud y de paz.

Su tenacidad es admirable. En aquellos largos seis meses de cárcel, el preso continúa, por una parte, su meditación sobre el mundo, la Iglesia, su Orden, Alemania y Europa. Nadie diría al leerlas, sin saber dónde y cómo fueron escritas, que son apuntes de un condenado a muerte, escritos con las manos esposadas en una celda apenas sin luz. Parecen más bien las notas de un profesor lleno de intuición profética, gran religiosidad y auténtico humanismo.

En la noche de S. Silvestre, el domingo 31 de diciembre de 1944, escribe una meditación sobre Europa. Al hablar de los viejos países cristianos, dice al referirse a la guerra civil española: «España ha sido de nuevo echada en el crisol, porque superó mal la última prueba y solucionó engañosamente la cuestión planteada. Hoy no existen ya las posibilidades feudales, tampoco en la mascarada de los tribunos de la plebe. Sólo hay posibilidades sociales y España las ha desaprovechado, para su amargo dolor y para amargo dolor de una Iglesia cómplice»¹⁸.

¿Qué dice de Alemania el condenado a muerte? También resulta profeta: «Alemania está luchando por su existencia en todos los estratos de su ser. Algo es seguro. No hay una Europa sin Alemania y sin una Alemania codirigente. Una Alemania en la que las corrientes originales de occidente: cristianismo, germanismo (no teutonismo) y clasicismo no fluyan en pureza, ni es Alemania ni es bendición para occidente»¹⁹.

Todo esto lo escribió Delp con las manos esposadas. También así celebraba diariamente la Eucaristía al romper el alba con el primer cambio de guardia y así firmó el documento de su profesión religiosa.

Esto último ocurrió el sábado 8 de diciembre de 1944. Delp se había estado preparando a la fiesta de María Inmaculada. Esperaba un «milagro», el de su libertad exterior. El retraso del proceso le hacía volar la imaginación, alimentándola la esperanza. Aquella mañana, al recibir la muda limpia, encontró entre la ropa un mensaje cifrado de sus amigas. Le decían que, horas después, llegaría Franz con plenos poderes sobre el retraso del 15 de agosto. El preso comprendió. La Compañía de Jesús

¹⁸ Este párrafo fue censurado en la traducción española de la obra citada en la nota 14.

¹⁹ A. DELP, KBZ, p. 16.

le concedía su última profesión. Agarrando un trozo de papel que introdujo en el cuello de una camisa sucia, garrapateó: «Dios es bueno»²⁰.

Por la tarde apareció en el locutorio de presos su compañero Franz von Tattenbach. Como sólo tenían unos minutos, tras intercambio protocolario, dijo al carcelero que el preso firmaría su testamento en latín. La fórmula de la profesión solemne estaba ya preparada. Delp la leyó con los ojos llenos de lágrimas. Tattenbach insistió en que la pronunciara. El prisionero lo hizo entrecortadamente. Luego firmó con trazo enérgico y manos esposadas. En toda la historia de la Orden no se sabe de otro caso igual. Luego escribiría Delp: «Era demasiado. Ya he dicho mi definitivo adiós a la vida. Ahora los grilletes externos no significan nada. El Señor me hace digno de sus ataduras de amor»²¹.

JUICIO, CONDENA, EJECUCIÓN

Pasaban y pasaban los días, rotos literalmente por bombardeos aéreos incesantes día y noche y por continuas ejecuciones de presos políticos. Una semana después de su profesión, el abogado de oficio informó a Delp del contenido de su sumario. La acusación constaba de un punto genérico: su resistencia al nazismo, y cinco específicos:

1. Participación activa en el círculo resistente de «Kreisau».
2. Participación activa en el círculo resistente de Munich.
3. Conocimiento del golpe de Estado de Gordeler y Sperr.
4. Previo conocimiento del atentado de Stauffenberg contra Hitler.
5. No haber denunciado tales hechos a la autoridad competente.

Delp comenzó a estudiar la defensa de aquellos puntos de los que pendía literalmente su vida. La esperanza era muy débil, no sólo por el clima de odio, sino por la situación castastrófica de la guerra.

El proceso comenzó el miércoles 9 de enero de 1945, a primera hora de la mañana. El tribunal estaba presidido por Roland Freissler (1893-1945)²². Los acusados, además de Delp, eran F. Reisert, jurista; F. Sperr, diplomático; F. von Blott, agricultor; H. von Moltke, jurista,

²⁰ A. DELP, KBZ, p. 60.

²¹ A. DELP, KBZ, p. 63.

²² Nace en Celle (1893). Preso en el frente ruso (1915). Comisario político comunista. Vuelta a Alemania (1920). Formación jurídica. Ingresó en el partido nazi (1925). Diputado (1932). Participa en la conferencia nazi sobre exterminación judía. Presidente del «Tribunal Popular» para delitos de alta traición y traición a la patria (1942).

y E. Gerstenmeier, jurista²³. Este último escribiría después que el enfrentamiento Freissler-Delp había sido sobredimensional. El llamado «fiscal sangriento» se apoyaba en el poderío. El jesuita llevaba en el bolsillo de la chaqueta una forma consagrada aquella misma mañana.

Freissler escogió con gran habilidad el primero y el último de los cinco puntos de acusación porque eran evidentes. En medio de gritos estentóreos acusó al jesuita de ser inspirador del círculo de «Kreisau» y no haber denunciado la conspiración a la autoridad. En cambio, dejó los otros tres, especialmente el referido al atentado a Hitler, porque no podía probarlos. De todas formas la pena de muerte era segura.

Delp se defendió con enorme fuerza dialéctica. Así, telegrafió al cuartel general del «Führer» aquella misma noche el Dr. Lorenzen, un jurista informador de la cancillería del partido: «Su actitud es típica del estilo jesuítico. Actuó sabiéndolo el provincial de su orden que, por su parte, quedó en el anonimato. En palabras de Freissler, arregló los encuentros de los conjurados en lugares sagrados, pero salió de la reunión como madre celestina, para así lavar sus manos inocentes»²⁴.

El pastor luterano de la prisión recordó uno de los diálogos del proceso. Freissler estuvo grosero en su prepotencia. Delp afirmó que predicaría oportuna e inoportunamente mientras que al pueblo no se le dejase rezar ni pensar. Freissler le preguntó si eso significaba que el Estado tendría que cambiar. Delp contestó: «Sí, eso digo»²⁵.

A petición de Hitler, parte del proceso fue filmado con dos cámaras. Una escondida tras la gran cruz gamada que presidía. La otra en el fondo de la sala. Proyectada como documental en el Festival de cine de Berlín en 1983, causó tremenda impresión en los espectadores.

El veredicto se proclamó el viernes 11 de enero por la tarde. Delp y Moltke fueron condenados a muerte. Los demás acusados escaparon con diversas penas que no llegaron a cumplir por el fin de la guerra.

Al conocerse la condena, comenzaron a moverse los jesuitas y amigos en busca de un indulto, al menos parcial. Se intentó llegar al mismo H. Himmler, jefe de la «Gestapo». Todo fue inútil. Una esperanza paradójica surgió con la detención del padre A. Rösch, la misma mañana del viernes 11 en casa de un campesino bávaro. En la redada participaron 24 policías. El prisionero fue trasladado al campo de concentración de Dachau y, la noche siguiente, a la cárcel de la «Gestapo» en Berlín. Al enterarse causalmente Delp que su ex provincial también estaba preso,

²³ Sobrevivió a la guerra. Entró en el partido CDU y fue presidente del Bundestag (1954-1969).

²⁴ «Informes Kaltenbrunner», ver BLEISTEIN, o.c., p. 380.

²⁵ M. BENEDICTA, *Priester vor Hitlers Tribunalen*, ver BLEISTEIN, o.c., p. 378.

cobró respiro. Tal vez la «Gestapo» querría carearlos para averiguar más datos sobre la conjura. Entre tanto, terminaría la guerra...

Al cabo de diez días la decepción fue enorme. El miércoles, 23 de enero, eran ahorcados H. von Moltke y otros siete condenados. Entre ellos estaba N. Gross, sindicalista católico y amigo de Delp. Aquellas ejecuciones produjeron tremendo impacto en el jesuita. «Hoy es un día duro, escribe. Mis amigos y compañeros están muertos. Sólo a mí me han dejado esposado. No sé lo que significa... Tal vez es el necesario vínculo con el "milagro". Estoy muy cansado de tristeza.» El mismo día escribe en otra papeleta: «Gracias por todo. El Señor Dios encontrará su solución. Rezad. Dios es bueno. Gracias»²⁶.

La carta de despedida de A. Delp a sus compañeros, unas semanas antes, es emocionante. Ya sabía su pena de muerte. «Queridos compañeros: tengo que emprender el otro camino... agradezco a la Compañía y a los compañeros toda su bondad, fidelidad y ayuda... precisamente en estas semanas difíciles. Os pido perdón por lo mucho falso e injusto y pido algo de ayuda para mis padres, ancianos y enfermos. El fundamento de la condena es que soy y continúo siendo jesuita... Dios os proteja a todos. Pido vuestra oración. Desde el más allá intentaré reparar toda la culpa... Dios os bendiga y os guarde. Gracias. Alfred Delp»²⁷.

Por aquel entonces Delp escribía en su celda un comentario a la secuencia litúrgica de Pentecostés: «Ven, Espíritu Santo.» La última estrofa comentada es «concede a los fieles que en ti confían». Dice: «La confianza es lo decisivo. El estar dispuestos a entregarnos a las bendiciones creadoras de Dios, para transformarnos bajo su influjo en personas llenas y capaces de vida. Bienaventurados los hambrientos y sedientos.» No hay en todo el comentario amargura. Sólo esperanza²⁸.

El martes, 30 de enero, llegó la última papeleta del preso a sus amigos. Fue escrita muy deprisa y con abreviaturas, aunque no pasa de unas palabras que son un testamento: «Creed y rezad. Gracias. Dp»²⁹.

A última hora de la tarde del miércoles, 31 de enero, llegó a Tegel la siniestra furgoneta de la «Gestapo». Recogió a Delp, Gordeler y Popitz. Diez minutos de trayecto entre calles humeantes y estaban en Plötzensee, el lugar de la muerte.

Al alba del jueves 1 de febrero, Delp confesó con el capellán Peter Buchholz y recibió la Eucaristía viático. Al bibliotecario de la cárcel le pidió *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis.

²⁶ A. DELP, KBZ, p. 105.

²⁷ A. DELP, *Frente a la muerte*, p. 169.

²⁸ A. DELP, *Frente a la muerte*, p. 185.

²⁹ A. DELP, KBZ, p. 115.

El primer viernes, 2 de febrero, fiesta de la Purificación de María, se celebraba en toda la Orden fiesta de últimos votos. También en Berlín, como ya se vio. Delp volvió a recibir la Eucaristía. A lo largo de una mañana fría y desapacible le visitó de nuevo el capellán. El condenado le preguntó sobre nuevas noticias del frente. Buchholz no sabía nada. Delp bromeó: «En media hora sé yo más que Usted»³⁰.

La ejecución tuvo lugar a las tres de la tarde. Poco después el capellán avisaba a los amigos de aquel martirio.

El sábado 3 de febrero se desató sobre Berlín un espantoso bombardeo aéreo. Ni había «Lutwaffe» ni casi defensa antiaérea. Una bomba incendiaria destruyó la sede del tribunal popular situado en la Bellevuesstrasse. R. Freissler, que decidía sobre vida y muerte ajenas, fue aplastado por una viga en llamas. Era otra forma de morir.

De vivir hoy, el P. Alfred Delp sería un venerable anciano de ochenta y cuatro años. Desde su casa de Munich, ya retirado, habría sido testigo del hundimiento del nazismo, el resurgir democrático de su patria, la reunificación de Alemania y su papel dirigente en la nueva Europa, tal cual él mismo había profetizado.

Sin embargo, muchos profetas mueren sin ver realizados sus sueños. A veces vislumbran sólo tierra prometida y caen en la misma frontera. Así fue Alfred Delp, difícil pero fiel hijo de Ignacio de Loyola.

³⁰ A. DELP, KBZ, p. 127.